

# EL PUEBLO QUE ESPANTÓ AL MIEDO

Thelma Gómez Durán

*Thelma Gómez Durán es periodista. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Comenzó su labor periodística en el área cultural de Notimex. Ha sido reportera y colaboradora de varios diarios y revistas de México, donde ha escrito sobre temas ambientales, ciencia, artes, derechos humanos y movimientos sociales. Es coautora del libro Migraciones vemos... infancias no sabemos (Ririki). En 2008 obtuvo dos menciones honoríficas en el Premio de Reportaje sobre Biodiversidad. Con un texto sobre el hondureño Julián Sánchez Benítez, participó en el proyecto colectivo 72 migrantes (Almadía, Fronterapress), impulsado por la periodista Alma Guillermprieto y dedicado a los migrantes asesinados en Tamaulipas en 2010. En 2011 obtuvo el segundo lugar del Premio Alemán de Periodismo Walter Reuter, con un reportaje sobre Cherán.*

Esé viernes aún no amanecía. Rosario se envolvió con su rebozo, se reunió con otras mujeres y plantó su cuerpo pequeño, robusto, en medio del camino que lleva al bosque, un bosque que se convertía en desierto por culpa de los hombres que a diario pasaban frente a sus casas con camiones llenos de árboles masacrados. Rosario y sus compañeras esperaron el primer camión. El hombre que conducía ni siquiera pisó el freno al mirarlas. Ellas lo detuvieron a pedradas, con las piedras que encontraron al lado del camino. Un muchacho tocó las campanas de la iglesia centenaria conocida como El Calvario. Lo que se escuchó no era el sonido fúnebre que anuncia la muerte de un vecino, tampoco el repiqueteo lento que llama a misa. Esa mañana, los habitantes de la comunidad indígena de Cherán oyeron el toque desesperado que alerta cuando existe un peligro. Era el mismo que una semana antes escucharon cuando se

quemó una casa y muchos salieron para apagar el fuego que se les adelantó y mató a dos niños.

También se escuchó el estruendo de uno, dos, tres cohetones.

La gente despertó y comprendió que algo andaba mal en su pueblo. Ese día, decidieron recuperar el sentido de la palabra Cherán, que en purépecha es un verbo y significa “asustar”. El viernes 15 de abril de 2011, esta comunidad comenzó a espantar al miedo.

\* \* \*

En un cuarto habitado por una mesa, un Jesucristo y la Biblia, Rosario recuerda lo que vivió el día en que Cherán empezó su lucha por recuperar la paz robada por quienes, sin disimulo, saqueaban sus bosques, extorsionaban, asesinaban y desaparecían a su gente desde, por lo menos, tres años atrás.

—Éramos como quince señoras. Faltaba poco para las cinco de la mañana. Nosotras, nerviosas, empezamos a atajar los carros que bajaban. Quién sabe de dónde salieron, pero llegaron puros jovencitos a apoyarnos. Cuando se escucharon las campanadas se juntó más y más gente. Unos tiraban piedras y otros las arrimaban. Lo bueno fue que el pueblo respondió. No nos dejaron solas.

Rosario habla quedito. Como muchos de sus vecinos, recibe al visitante con una invitación que, en ocasiones, suena como orden: “¡síntese a comer!” La miro y me pregunto qué fue lo que ella y sus vecinas vivieron para que ese viernes de abril explotaran, para que su voz de arrullo se convirtiera en un grito de exigencia, para que decidieran “levantarse”. ¿Qué vivieron para aventurarse a enfrentar a los talamontes, a expulsar a la policía, al presidente mu-

nicipal y a los partidos políticos? ¿Qué los llevó a prender el fuego y fraguar una nueva forma de gobierno? ¿Qué fue lo que pasó para que se rebelaran en una tierra controlada por narcotraficantes?

\* \* \*

En el mapa de México, el municipio indígena de Cherán está en la meseta purépecha de Michoacán, el estado donde nació y se extendió como hiedra La Familia, grupo dedicado al tráfico de drogas, la extorsión y otros delitos. El estado donde Felipe Calderón —días después de llegar a la presidencia el 1 de diciembre de 2006— empezó su “guerra contra el narcotráfico” que en menos de seis años dejó más de 60 mil muertos.

A Cherán se le encuentra entre las ciudades de Uruapan y Morelia. La primera inauguró en septiembre de 2006 —con cinco cabezas humanas arrojadas a una pista de baile— las escenas de horror y violencia que, desde entonces, golpearon a México. La segunda, capital del estado, se estremeció en septiembre de 2008 con el estallido de dos granadas en su centro histórico, justo el día de la Independencia.

Para llegar a Cherán es preciso adentrarse a una región de bosques y lagos, cruzar pequeños pueblos indígenas habitados por campesinos y carpinteros. Desde el 15 de abril de 2011, el visitante sabe que está en Cherán cuando se topa con una barricada construida con costales de arena, vigilada por hombres armados. Un letrero da la bienvenida: “Prohibido introducir bebidas embriagantes, portar o difundir propaganda de partidos políticos, utilizar vehículos con cristales polarizados...”

Es un pueblo grande, con calles angostas y casas de dos pisos. Sus 13 mil habitantes viven del campo, la albañilería, la fabricación de muebles y juguetes de madera, la venta de blusas bordadas, pero sobre todo, del dinero que envían los 7 mil migrantes que viven en Estados Unidos. Aquí, las mujeres son quienes conservan la vestimenta purépecha: rebozo de franjas azules y negras, blusas bordadas y arracadas de oro, un símbolo de linaje indígena.

En esta comunidad, el miedo comenzó a crecer a finales del 2007, cuando el priista Roberto Bautista Chapina —nacido aquí, pero criado en Uruapan— ganó las elecciones para presidente municipal. En este lugar cuentan que llegó a la alcaldía porque hizo tratos con los líderes de la tala ilegal que también controlan la siembra, producción y venta de drogas en la región. El pago por su triunfo político, dicen, fueron los árboles del cerro San Miguel: 20 mil hectáreas de bosque que desaparecieron en dos años; casi el 70% de los bosques del pueblo.

A Roberto Bautista también le achacan la muerte del maestro Leopoldo Juárez, su principal crítico y líder local del PRD. Juárez inauguró la lista de 15 asesinados y cinco desaparecidos que Cherán sumó entre 2008 y julio del 2011. Años en los que el país multiplicó el número de muertos, desaparecidos, masacres, fosas clandestinas y desplazados.

Es cierto que la llegada de Bautista aceleró la tala ilegal y desató la violencia en Cherán, pero las cosas no marchaban bien desde años atrás. Antes de Bautista ya existían diferencias por la tala clandestina y porque aquellos que dirigían los bienes comunales se afiliaron a partidos políticos, no rendían cuentas sobre el aserradero y la resinera comunal. Para

muchos ya no era un secreto que en las zonas altas de los montes existían cultivos de marihuana y laboratorios de drogas sintéticas.

\* \* \*

La preocupación por lo que pasaba en Cherán creció en 2008. En las esquinas se veía a jóvenes consumiendo drogas, “y eso antes no se miraba aquí”, dice María, mujer a la que le faltan dientes, pero le sobra energía cuando hace tortillas. Cuando anocheía, sólo algunos cuantos se atrevían a caminar por el pueblo. Sólo en el interior de las casas, se comentaban las noticias: al dueño de los abarrotes Estrada, lo secuestraron. Al comunero Tirzo Madrigal, lo desaparecieron. A las mujeres que venden en el tianguis ya les pidieron “la cuota”, dizque para darles seguridad. A la par, la gente preguntaba: ¿quiénes son esos que se pasean, con música a todo volumen, en camionetas y autos de lujo?

—Cuando reclamábamos al presidente municipal, nos decía: “déjenlos, no se metan en problemas. Ellos andan bien armados”. Varias veces fuimos a denunciar a Morelia, pero nadie nos hacía caso —cuenta María.

Los pobladores añoraban los tiempos en que no se robaban nada, que no se oía de asesinatos ni desapariciones. Tiempos en los que subían al bosque a recolectar leña, resina, hongos y plantas para curarse o hacer té.

—Las mujeres decíamos: “¿cómo le vamos a hacer? No podemos seguir así” —recuerda Rosario.

A ellas se les ocurrió escribir un mensaje. Con ayuda de sus hijos, hicieron unos 300 volantes. El 13 de abril, las esquinas de Cherán amanecieron con papelitos regados.

“Al pueblo de Cherán se hace una invitación para que reflexiones de las cosas que están sucediendo, y que las autoridades no hacen nada, no se preocupan por defender los bosques, por lo que se te pide: organízate en tu calle, colonia o barrio, para defender el ojo de agua de la ‘cofradía’ ya que es uno de los manantiales que abastece una parte de Cherán. Este escrito no pertenece a ningún partido político, se hace porque da tristeza de cómo están quedando los cerros, sabemos que los árboles son los que retienen el agua de las lluvias. Ya Basta”.

Meses antes, algunos hombres intentaron detener a los talamontes: hicieron zanjas para cerrar el paso al bosque y convocaron a organizarse para enfrentarlos. Pocos respondieron. El desánimo creció cuando hombres armados entraron al pueblo y se llevaron a Rafael García y Armando Jerónimo, integrantes del comisariado de bienes comunales.

Las mujeres decidieron que ellas lo intentarían. “Pensamos que por ser mujeres, no nos harían nada”, dice Rosario. Por las dudas, compraron cohetones. Acordaron que el domingo subirían al monte. Los planes se adelantaron cuando vieron que ya no existían los árboles centenarios que rodeaban el manantial de La Cofradía.

—Los manantiales son sagrados, porque representan vida. Nosotros los cuidábamos, los protegíamos. Y esos hombres que bajaban noche y día con sus carros bien cargados de troncos, que no respetaban nada, destruyeron esa parte sagrada. Dijimos eso sí ya no —recuerda Rosario.

\* \* \*

A José le gustan los pantalones pegados y las camisetas negras. Tiene 21 años. Cuando ese viernes de abril escuchó

el repiqueteo desesperado de las campanas corrió hacia El Calvario; pensó que se quemaba una casa.

—Miré a las señoras y a puros chavalos enfrentando a los talamontes. No lo pensé dos veces, me uní. Agarramos a uno, después a otros dos. En total agarramos a cinco y quemamos sus camionetas... Yo les había agarrado coraje, porque ahí donde vivo los veía pasar diario con los carros llenos de madera. Si te les ponías, te amenazaban.

José recuerda que antes de que dieran las diez de la mañana, desde una azotea, los jóvenes miraron cómo entraban al pueblo varias camionetas con hombres encapuchados y armados, escoltados por los policías municipales.

—Venían a rescatar a los talamontes. Traían sus cuernotes de chivo. Con piedras y cohetes los atajamos antes de que avanzaran. No lograron subir porque aventamos un cohete y le dio a uno de ellos. Nosotros pensamos que murió. Antes de irse volvieron a disparar y le dieron a uno de los nuestros —recuerda José.

Ernesto, de 28 años, perdió la vista del ojo derecho y la movilidad de su brazo.

\* \* \*

En la plaza de El Calvario, los habitantes se reunieron alrededor de los cinco talamontes.

—¡Mátalos, mátalos!

—No. En Cherán no somos asesinos —gritó una mujer.

—¿Quién los manda? ¿Quién es su jefe?

Los detenidos hablaron. Sus palabras confirmaron algunas sospechas. Dijeron que por cada carro de madera pagaban “una cuota” de mil pesos. Que el líder era Cuitláhuac Her-

nández, El Güero, hombre originario de Rancho Morelos. El mismo que comenzó su historia negra robando ganado, que se ganó la simpatía de varios porque asaltaba camiones y repartía el botín entre los habitantes de los empobrecidos ranchos de la meseta purépecha. En unos cuantos años, la fama de Cuitláhuac Hernández creció al adherirse a La Familia. Al dividirse este grupo y formarse la organización Los Caballeros Templarios, él se unió a ellos y tomó más fuerza.

Los talamontes detenidos aseguraron que con El Güero trabajaban hombres de San Lorenzo, Santa Cruz Tanaco, Capácuaro, Rancho Casimiro, Rancho Cerecito y Rancho Morelos. También algunos habitantes de Cherán. Explicaron la ruta del tráfico ilegal de madera en la región: los árboles llegan a los aserraderos de Tanaco y San Lorenzo. Ahí se convierten en tablones y salen para ser vendidos en Guadalajara o San Luis Potosí.

La confesión de los talamontes llevó a la gente a desconocer al alcalde, a correr a los policías y llamar al Ejército. Los soldados les respondieron que no tenían una orden para ir y cuando la tuvieron se instalaron a las afueras del pueblo. No duraron ni una semana. Se fueron después de que los cheranenses entregaron a los cinco hombres que tuvieron retenidos en El Calvario. La gente los entregó a funcionarios estatales porque un grupo armado secuestró a cinco nativos de Cherán que viajaban a Zamora. Amenazaron con matarlos si el pueblo no entregaba a los talamontes.

\* \* \*

“¿Qué hacemos? Aquellos van a regresar”, decían las mujeres la tarde del viernes 15. Algunos propusieron desempolvar el

método de defensa que hace décadas utilizaron sus abuelos: atrincherarse. Construyeron barricadas en las entradas del pueblo. Los hombres montaron guardia. Las mujeres prepararon comida, café y té. Los jóvenes juntaron piedras, llenaron botellas con gasolina y vigilaron desde las azoteas más altas.

Por la noche, se prendió la primera fogata en El Calvario. A la siguiente noche, en esquinas cercanas, se prendieron dos más y luego otras y otras. En los cuatro barrios, en todos los cruces de dos calles, se prendió el fuego. Ciento noventa y cuatro fogatas iluminaron las noches de Cherán durante nueve meses. En cuanto se metía el sol, la gente prendía la madera, preparaba comida y se sentaba alrededor de los leños ardientes para compartir tortillas, pan, plática y anhelos.

Para los purépechas reunirse alrededor del fuego es parte de la vida misma. En sus casas, la fogata ocupa el centro de la cocina. Es alrededor de ella que la familia comparte alegrías y tristezas. Es frente al dios fuego, el Tata Juriata, que se discuten los problemas y se buscan soluciones.

En Cherán, los leños se sacaron de la cocina para prenderse en las calles. Entre cenizas y humo se reencontró la comunidad. Las fogatas se convirtieron en símbolo de resistencia, de unión y en la base de organización de la comunidad.

—Las fogatas sirvieron para cuidarnos y conocernos. Ya hasta parecíamos una sola familia de tanto que estábamos ahí —recuerda Rosario.

Al calor de la fogata, la gente de Cherán desempolvó formas de organización comunitaria que fueron arrinconadas cuando los partidos políticos aumentaron su presencia. Se revivió el “rondín comunitario” que dejó de existir a finales de los años ochenta, cuenta David, un abogado veinteañero.

Para formar el rondín, cada barrio eligió a 25 hombres nacidos en Cherán y mayores de 16 años. Desde abril de 2011 se les mira trepados, cargando su R-15 o AK-47 —que pertenecían a la Policía Municipal o que la gente donó— en la parte trasera de las camionetas que también eran de la Policía Municipal. Son los encargados de la seguridad del pueblo, de recorrer las calles y hacer guardias en las barricadas.

\* \* \*

La primera vez que visité Cherán fue un domingo de junio de 2011. Llegué en la caravana que organizó el Movimiento de Paz con Justicia y Dignidad para llevar víveres al pueblo que, para entonces, llevaba dos meses atrincherado. No entraban camiones repartidores de productos. Las escuelas estaban cerradas y sólo unos cuantos pobladores se atrevían a ir más allá de los límites del pueblo. Tenían razones para no salir.

A las pocas semanas de haberse atrincherado, encontraron volantes en los que se ofrecían 10 mil pesos a quien entregara a un cheranense a La Familia. Después recibieron una amenaza parecida, pero firmada por Los Zetas.

Aquel domingo que Cherán recibió a la caravana, llovía con discreción. Las mujeres prepararon la comida que sirven cuando hay fiesta: corundas y churipo. Los niños, con la mitad de la cara cubierta con un paliacate, recibieron a los fuereños con carteles que decían: “Justicia para los bosques”, “Justicia para los asesinados y desaparecidos”, “Queremos vivir sin angustias y temores”.

Ese día conocí a Antonia, historiadora de 33 años, pantalones de mezclilla, tenis y rebozo. La encontré haciendo

tortillas en la fogata donde todas las noches se reunía con sus vecinos. “Desde el 15 de abril estamos rescatando la Jarojpikua”, me dijo. En purépecha, Jarojpikua significa “ayudarse unos a otros”.

Gracias a una beca para estudiantes indígenas, Antonia estudió la maestría en España y Estados Unidos. Conocer otras tierras no la alejó de Cherán.

—Mi familia me enseñó a tener un fuerte sentido de comunidad, un compromiso con mi pueblo. Mi pueblo es mi casa. Y uno siempre cuida su casa.

Lo mismo le inculcaron a Salvador, a David, a Guadalupe, a Pedro, a Ignacio, a Clara... Son abogados, biólogos, arquitectos, ingenieros, maestros. Como Antonia, se sentaron alrededor de las fogatas para fraguar el futuro de su pueblo con padres, abuelos, hermanos y vecinos.

\* \* \*

En agosto de 2011, cuando el país ya había olvidado que Cherán seguía atrincherado, sus pobladores anunciaron que no participarían en la elección para presidente municipal y gobernador.

—En las fogatas, comentábamos que los partidos no hacían más que dividir, que los políticos sólo llegaban a servir a los suyos; que el gobierno ni caso nos hacía, nada más nos estaba cansando, no les importaban nuestras demandas de seguridad y justicia —recuerda Antonia.

El 24 de agosto de ese año, la gente se reunió en la plaza principal. Por mayoría de votos, acordaron elegir a sus autoridades como lo hacían sus abuelos. En otros tiempos —recuerda María— cada barrio elegía a un habitante

para ser presidente municipal. Después, en una asamblea se escogía a quien sería el candidato principal. Los partidos sólo prestaban su registro; las votaciones en las urnas eran sólo un trámite.

La Coordinación General del Movimiento de Lucha de la Comunidad Indígena de Cherán —que se formó días después del 15 de abril del 2011— envió un documento al Instituto Electoral de Michoacán; exigían el respeto a su derecho de elegir a sus autoridades por usos y costumbres.

—Cuando la gente dijo que no quería elección, se dieron varias bajas en el movimiento. Se salieron personas que ya estaban acostumbradas a vivir de la política —recuerda María.

—Varios que lucharon contra los talamontes, se convirtieron en nuestro peor enemigo, hicieron todo porque sí se votara en Cherán —dice Francisco, un hombre que perteneció al PRD y se decepcionó del partido cuando Leonel Godoy llegó a la gubernatura en 2008 y no atendió su solicitud de seguridad.

Antonio Tehandón fue uno de los que dejó el movimiento. Se postuló como el único candidato para alcalde por el PRI, PRD, Nueva Alianza, Convergencia y Verde Ecologista. Al Instituto Electoral de Michoacán llevó las firmas de 581 habitantes que sí querían elecciones.

El grupo que deseaba un gobierno comunitario comenzó una nueva lucha. Sus aliados fueron cuatro jóvenes abogados que decidieron jugársela con este pueblo. Dos de ellos nacieron en Cherán: Salvador Torres y David Romero; a ellos se unieron Orlando Aragón y Érika Bárcenas.

Abogados y comuneros exigieron que se materializara lo que indica el artículo 2 de la Constitución sobre la libre de-

terminación de los pueblos. Fueron los primeros en usar las reformas del artículo 1, que obligan a respetar los tratados internacionales sobre derechos indígenas, como el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo y los plasmados en la Declaración de la ONU.

Con esos argumentos y las firmas de más de dos mil habitantes, así como el acompañamiento del Alto Comisionado de Derechos Humanos de la ONU, los abogados llegaron hasta el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. Ningún periódico nacional lo informó, pero el 2 de noviembre de 2011, por mayoría de votos (sólo uno en contra), los magistrados determinaron que Cherán tenía derecho a no participar en las elecciones y, además, podía elegir a sus autoridades con el sistema de usos y costumbres.

No fue tan fácil liberarse de los partidos.

Los cheranenses tuvieron que salir a las calles para exigir al Instituto Electoral de Michoacán y al Congreso del Estado respeto a la decisión del Tribunal. Eso sucedió el 13 de noviembre, día en que Michoacán elegía a gobernador y presidentes municipales. Ese domingo, en la comunidad no se instalaron urnas. Rosario, Antonia, José, Carmen y cientos de habitantes marcharon por las calles del pueblo y atiborraron la plaza con mantas que decían: “Nuestros sueños no caben en las urnas”, “No somos un voto, somos indígenas y tenemos dignidad”. Los niños aprendieron a gritar: “Si Zapata viviera, qué chinga les pusiera”, “Arriba, abajo, partidos al carajo”.

El siguiente paso lo dieron el 18 de diciembre, cuando el Instituto Electoral de Michoacán realizó una consulta para comprobar que la mayoría quería desterrar a los partidos. El procedimiento fue sencillo. En cada uno de los cuatro



barrios se realizó una asamblea y se dijo: “levanten la mano quien esté a favor de elegir a las autoridades por el sistema de usos y costumbres”.

En el barrio cuarto, Camilo fue el único que no levantó la mano. Este comerciante de 30 años, que al principio del movimiento anduvo en las barricadas, fue de los pocos que se atrevió a mostrar su desacuerdo con el nuevo rumbo que tomaba su comunidad. Otras siete personas más lo hicieron en los barrios primero y segundo.

Ese día, en los cuatro barrios, 4 mil 846 personas votaron por que en Cherán ya no se realizaran elecciones con el sistema de partidos.

\* \* \*

Un mes después, el 22 de enero de 2012, Cherán ayudó a recordar al país otra forma de elegir autoridades. No existieron largas y costosas campañas políticas. El pueblo no se ensució con propaganda. Sus bardas no se pintaron con promesas vacías ni asistieron a mítines para recibir una despensa, una gorra o una camiseta.

La elección fue así: cada uno de los cuatro barrios realizó su asamblea en el patio de una escuela. Tres cohetes sonaron para avisar que iniciaba la elección de los 12 hombres, tres por cada barrio, que formarían el consejo mayor. Los vecinos proponían a su candidato.

En el barrio tercero se escuchó esto:

—Propongo al comunero José, porque ha demostrado que está con su pueblo, es responsable y nunca ha tenido problemas en su familia —dijo Josefa.

—Propongo al señor Héctor, porque ha participado en las comisiones, nació en Cherán y tiene un modo honesto de vida —aseguró Sergio.

Seis hombres fueron propuestos. Uno agradeció el honor, pero explicó que no podía participar por problemas familiares. Otro no se presentó; un día antes se cayó del caballo y fue a dar al hospital. Los cuatro restantes se colocaron frente a la gente y hablaron:

—Nunca he sido político. No hablo mucho, pero les digo: antes que mi familia está mi pueblo —dijo Héctor, militar jubilado.

—No hay necesidad de que prometamos lo que no podemos cumplir. Sólo se necesita querer al pueblo, querer a nuestra gente, querer nuestra cultura para representarla —explicó José, maestro de secundaria.

Y comenzó la votación. Cada uno de los candidatos se paró sobre una silla de aluminio. Frente a él se formaron todos aquellos que le daban su voto. Los tres candidatos con las filas más largas fueron los elegidos.

Cuando terminó la votación, Orlando Aragón, abogado que realiza un doctorado en ciencias antropológicas, me dijo:

—El movimiento de Cherán se tiene que leer en clave política y no sólo cultural. Ellos están demostrando que la política puede ser el arte de lograr lo imposible.

Y mientras los habitantes de Cherán andaban en esas artes imposibles, en otras comunidades de Michoacán —sobre todo las indígenas— el narcotráfico seguía sin bajar la guardia y tomaba más fuerza en el control de negocios como la siembra del aguacate, “el oro verde” como lo conocen en el estado.

El 5 de febrero de 2012, Cherán estrenó su nuevo gobierno. En él se eliminó la figura de presidente municipal. Su lugar fue ocupado por los 12 K’eris, palabra que en purépecha significa

“los grandes”. Cuando tomaron protesta, escucharon los principios a respetar:

Servir y no servirse.

Representar y no suplantar.

Construir y no destruir.

Obedecer y no mandar.

Convencer y no vencer.

Los 12 K'eri no son los únicos que forman el gobierno comunal. Juan y Salvador se ponen en cuclillas para explicarme la estructura de su gobierno. Con su dedo trazan en la tierra un círculo grande que representa el Consejo Mayor de los 12 K'eri. A su alrededor dibujan seis círculos, son los consejos: el de Asuntos Civiles, el de Desarrollo Social, el de Administración, el de Bienes Comunales, el de Barrios y el de Procuración y Conciliación de Justicia. Cada uno de ellos tiene cuatro o cinco comisiones. En total son 308 habitantes los que participan en forma directa en el experimento político de Cherán, cien de ellos forman el rondín comunitario. Todos fueron elegidos en las fogatas.

—Cuando hablábamos en las fogatas decíamos que no podíamos tener a un solo individuo al frente de las comisiones. Tenían que ser varios, porque es más fácil corromper a una sola persona que a tres, cuatro o doce —dice Salvador.

—Las comisiones no son un invento, las tomamos de la organización purépecha. En nuestra cultura siempre han existido las comisiones para las fiestas, para los bienes comunales. Es una estructura que responde a las necesidades y las condiciones de la comunidad —dice David, el abogado.

\* \* \*

Escribo esta historia días después de que se cumplió el primer año de que este pueblo se levantó. Camino por sus calles y encuentro grafitis con el rostro de Emiliano Zapata. José, el muchacho de pantalones rotos y ajustados, me cuenta que la comisión de jóvenes los pintó. Ahora, organizan conciertos, jornadas culturales y dan vida a Radio Fogata, estación comunitaria que transmite pirekuas —sones tradicionales purépechas— música latinoamericana de los 70, hip-hop y ska. También se oyen las canciones inspiradas en la lucha de Cherán, escritas por trovadores, músicos de hip-hop y roqueros.

Recorro el edificio que en otros tiempos fue el Palacio Municipal y hoy se llama Casa Comunal Cherán K'eri. En una oficina encuentro a tres maestros del Consejo de Asuntos Civiles. A ellos les toca atender los asuntos relacionados con las escuelas, las festividades y las actividades deportivas.

—Ha sido muy difícil que reconozcan nuestra nueva estructura de gobierno. Al principio, nos decían que para todos los trámites necesitaban a un presidente municipal, a un síndico o a un regidor. Y eso ya no existe en Cherán —explica Salvador.

En la oficina de enfrente encuentro a un comerciante, un estudiante de administración, a un licenciado en comercio exterior y a un profesor. Forman el Consejo de Desarrollo Social. Me cuentan cómo encontraron el Palacio Municipal.

—Los que estaban antes se llevaron todo. No había archivos. Las computadoras las dejaron sin memoria o sin disco duro —dice Francisco. Él explica que de las 308 personas que participan en el nuevo gobierno, sólo unas cuantas —las que se dedican todo el día, tienen más necesidad o no tienen otros ingresos— reciben compensación económica.

—Se decidió que el sueldo que recibía un regidor (alrededor de 20 mil pesos) se dividiría entre diez o más personas, porque no hay dinero —dice Salvador.

Y no hay dinero porque el gobierno anterior les heredó un montón de deudas. Tan sólo la Comisión Nacional del Agua reclama un pago de 8 millones de pesos, por el funcionamiento de la planta tratadora de agua. Por eso, el gobierno comunitario de Cherán solicitó una auditoría a la administración del ex presidente municipal Roberto Bautista. Hasta ahora no tienen respuesta. Y mientras, el ex alcalde y su familia viven en Uruapan.

Un médico, un pasante de derecho, un transportista y un albañil son los hombres que están en la Comisión de Procuración y Conciliación de Justicia. De ella depende el rondín comunitario.

—En las asambleas se dijo que rescatáramos la forma de hacer justicia de antes. Aquí tratamos que no se vaya la gente a la cárcel. Si alguien roba, tiene que pagar al afectado, pedir una disculpa pública y hacer trabajo comunitario con la comisión de limpieza —explica el médico Saúl.

En la oficina que antes era el despacho del presidente municipal están seis de los 12 K'eris. A todos se les mira cansados.

Uno de ellos está sumido en una conversación telefónica con un funcionario del gobierno de Michoacán. Le pide que envíe un helicóptero para vigilar los cerros de la parte norte de Cherán, porque se miraron a varias camionetas subir al bosque.

—Los talamontes siguen llevándose la madera del otro lado del cerro. Y siguen los grupos que controlan el narco, las extorsiones y los secuestros en la región. El Güero sigue en la zona —dice el K'eri José.

\* \* \*

El 18 de abril de 2012, los habitantes de Cherán recibieron un golpe que los sacudió y recordó, una vez más, que los hombres contra los que se levantaron están acechándolos.

Ese día los cohetes y el repiqueteo desesperado de las campanas anunciaron malas noticias. Un grupo de comuneros fue emboscado en el cerro, mientras realizaba trabajos de reforestación, como parte de un programa gubernamental de empleo temporal. Dos hombres murieron y dos más quedaron heridos. Semanas antes, once pobladores fueron secuestrados por talamontes en la carretera, cuando iban a Zamora. Horas después fueron liberados.

Los K'eris exigieron al gobierno federal y estatal que garantizaran la seguridad en los alrededores de Cherán. Como siempre, sólo recibieron promesas. Les dijeron que se realizarían operativos para dismantelar a los grupos de talamontes y de narcotraficantes.

—En Cherán podemos presumir que vivimos en uno de los territorios más seguros del país. El problema es que cuando salimos de nuestro pueblo somos vulnerables —dice Antonia.

—Estamos bien aquí adentro, pero en lo económico estamos batallando, porque muchas personas salían a vender sus cosas a otros pueblos y ahora no lo hacen por miedo. Emocionalmente uno anda bajo de pilas —dice un maestro de la Comisión de Asuntos Civiles.

En la plaza, dos hombres de unos 70 años con camisas planchadas y listos para ir a una fiesta confiesan que ellos quieren que regrese el sistema de partidos a Cherán.

—El gobierno estatal no nos va a apoyar porque no votamos. El gobernador va a decir: “para qué los ayudo, si ellos no quisieron votar”.

El comunero Santiago dice:

—Nos sentimos aislados y con miedo a salir, pero en otras comunidades también viven con miedo, pero no se atreven a decirlo, no se atreven a decir que el crimen organizado está ahí. Nosotros nos atrevimos a denunciar. Hoy quizá tenemos temor, sabemos que se pueden perder vidas, pero vamos a seguir hasta dejarles a nuestros hijos y nietos algo más seguro —dice el K'eri José.

Las chispas de los leños que se prendieron en Cherán la noche del 15 de abril volaron y llegaron a otras tierras. La comunidad indígena de Sevina se atrincheró, desconoció al presidente municipal de Nahuatzen, su cabecera municipal, y formó sus rondines comunitarios. Otras pueblos indígenas de Michoacán, como Turícuaro y Corupo, también se atrincheraron. Y en Zitácuaro, ya organizaron su rondín.

\* \* \*

Los comuneros que participan en el gobierno comunitario no están dispuestos a claudicar. Y como muestra hablan de los proyectos que tienen en marcha. Quieren revivir el aserradero y la resinera comunal, para ello visitaron comunidades de Puebla y Oaxaca para conocer cómo otros pueblos indígenas lograron un aprovechamiento sustentable de sus bosques. Tienen planes de crear escuelas comunitarias en donde los niños aprendan purépecha e inglés. Preparan la rehabilitación y reapertura de un restaurante ecoturístico y comedores comunitarios. Alistan la creación de una planta recicladora de basura. Organizan rifas para comprar una ambulancia y torneos de basquetbol, deporte popular en Cherán.

Quienes tampoco están dispuestas a claudicar son Alma, Zeinaida, Rosa, Angélica y Alicia. Son las esposas de los asesinados y los desaparecidos. Entre ellas también está la esposa de Ernesto, el muchacho que resultó herido el viernes 15 de abril. Es común mirarlas juntas haciendo corundas, asistiendo a las asambleas, exigiendo que no se olviden de los asesinados y desaparecidos.

—A veces sueño que mi esposo regresa. Pienso que está vivo, que si él estuviera aquí, también estaría apoyando al nuevo gobierno —dice Alma. Su hijo mayor participa en la Comisión de Procuración y Conciliación de Justicia.

La que también participa en el gobierno comunitario es Rosario. Ella está en la Comisión de Bienes Comunes.

—Cuando ahora me dicen que si tengo miedo, les digo que no. Si uno tiene miedo nunca va salir de esto. Ahí está Paracho, ahí llegan y matan, secuestran. La gente no puede salir de noche. Si una muchacha les gusta a esos hombres, se la llevan y luego no se sabe nada de ella. Yo siento un orgullo tan grande de que en Cherán ya no nos dejamos. Y no nos vamos a dejar. ¿Usted cómo ve? ¿Está mal lo que estamos haciendo?

\* \* \*

(El 14 de agosto del 2012, días después de haber iniciado un operativo de seguridad en la meseta purépecha, elementos del Ejército mexicano encontraron el cuerpo de Cuitláhuac Hernández, El Güero, y el de un muchacho de 25 años con varios disparos, en el interior de una camioneta lincoln incendiada).

\*Los nombres de algunas personas que aparecen en esta historia fueron cambiados a petición de ellas mismas.